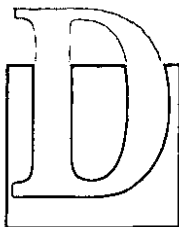


Cartagena vista por un camarógrafo



e aquellas imágenes que aún quedan en la mente de mi niñez en el Corralito de Piedra, sólo hay recuerdos de una ciudad vieja y desteñida con calles pequeñas, (que para aquel entonces eran grandes avenidas) casas destartaladas que estaban en pie por los dueños fantasmales que la aguantaban con sus hombros, (la de mi tía Dora) iglesias, que cuando tocábamos las campanas para la misa (la de Santo Domingo) caía arenilla de piedra caliza en nuestras cabezas. Además de todo esto, toda la ciudad era blanca y más blanca antes de las fiestas novembrinas, lo que la hacía ver más fantasmal y sucia después de los carnavales.

De aquello, solo admiraba los edificios altos como el de Seguros Bolívar, Banco Industrial, Banco Comercial y la Caja Agraria. (Doce, ocho y cinco pisos).



Pierre Daguet, sin título -detalle-

Para aquella época, el turismo era muy escaso y los pocos que llegaban se paseaban la ciudad como "Pedro por su casa". Ningún vendedor los acosaba. Solo, el guía Roger, (q.e.p.d) de madre cartagenera y de padre inglés; los llevaba hasta las murallas en donde nos encontraba jugando baseball con una bola de media que tenía una pequeña piedra dentro de ella e hilo alrededor, esto le daba peso y consistencia, no se alejaba mucho y no caía dentro del mar.

Cuando eran turistas gringos, que casi siempre lo eran, se emocionaban al vernos jugar su deporte favorito, y terminaban tomándonos fotos. Eso sí, todo cerca de la garita, ellos emocionados, nosotros no, ya que no les teníamos ni el más ligero apego, porque obstaculizaban nuestro juego o nos raspábamos con los filos de las piedras y además por la hediondez a orín.

No obstante, cuando llegaban las vacaciones y con ellos nuestros primos barranquilleros y cachacos; la risa se nos convertía en rabieta, pues se burlaban de nuestra ciudad y no se los permitíamos a los barranquilleros "pedantes" y al cachaco "creído capitalino". Les hacíamos tragar sus palabras con agua de mar y lo taponábamos con algún cañón viejo de la muralla. Entonces, era cuando nuestra ciudad, era hermosa, bella e incandescente. El diccionario se agotaba de adjetivos para ellos.

Las grandes productoras de cine nos hicieron ver más a nuestro Hollywood Cartagena cuando comenzamos a verla en nuestro teatro Cartagena o el Padilla (hoy enterrados en su propia oscuridad). La Quemada o los aventureros despertaron en nosotros lo bella que es, estábamos embelesados por las películas extranjeras de sus grandes torres.

La ciudad comenzó a desarrollarse en construcción a finales de los sesenta y en la década de los setenta, se llenó La Matuna de edificios, El Laguito, Bocagrande y empezó la remodelación de las casas del Centro y Manga. También se destruyeron muchas edificaciones.

Hoy la miro y la miro, y busco el ángulo más perfecto, averiguo la perspectiva, la profundidad de campo, practico con el zoom si queda bien o no y hago mi toma que será una buena composición. Es una calle cualquiera del Centro, con su gente de varias razas, una palenquera la cual me pide plata por la toma, el carretillero que me grita Telecaribe, Telecaribe y con la mano haciéndome la señal de la paz que tanto necesitamos o la V de la victoria de Churchill, el carro que me pita porque estoy en medio de una callecita, el gamín que me pide que lo saque por televisión, dos típicos cartageneros que se van acercando a la cámara, el uno viste de guayabera cremita con pantalón beige y zapato caprino, el otro de sombrero panameño, sweater a rayas horizontales, una roja, amarilla y blanca, con pantalón blanco y zapatos blancos y uno de ellos me tapa la cámara, que me sirve de transición para otra toma.

Sigo con mi toma, buscando un plano nunca visto, una fachada que contraste con una casa colonial y republicana o estas dos con un edificio moderno y extravagante, pero que no se me cruce una pancarta o valla que contamina el espacio.

Lo malo es cuando coloco mi cámara en un lugar donde creo que no salen ellos, ellos, los que dañan mis tomas, se me atraviesan o aparecen con ventorrillos mequetrefes. No tengo nada contra ellos, pero afean la ciudad, acosan el turismo y el futuro alcalde que se aprovecha de ellos en elecciones: son los vendedores ambulantes que cada día hay más en el Centro de la ciudad debido a la violencia. Deben reubicarlos en cada uno de los barrios formando centros comerciales cooperativos.

De esta manera, nuestras calles se conviertan como un paseo de turismo, con las aceras espaciosas y que mis tomas tengan una gran composición. Verla con sus casas desteñidas pero no destartaladas, sus iglesias de color piedra carcomida por la alegría que vivimos una niñez bella, como ella.

** Iván Antonio Torres Orozco
Programa de Comunicación Social
Universidad de Cartagena.*